

UN HÉROE SILENCIOSO

Los hechos a relatar son relativamente sencillos dadas las circunstancias que vivíamos. Sin embargo, a la luz de los años transcurridos, esa realidad se torna compleja y probablemente, en más de un sentido, incomprensible para las nuevas generaciones.

No es fácil transmitir el clima de terror, miedo, incertidumbre y angustia por el que transitaba el conjunto de la sociedad y tampoco es posible describir con claridad la atmósfera que vivíamos nosotros en tanto militantes revolucionarios y activos en las tareas de resistencia a la dictadura, más aun cuando con el transcurrir de los días y meses constatábamos que estábamos siendo cercados y que nuestros compañeros y compañeras caían uno tras otro en las manos de una represión torturadora y asesina.

Pero hoy quizás sea más difícil transmitir la importancia de la cultura colectiva y fraternal que vivíamos antes del golpe civil y militar y, como resistentes, durante la andanada contrarrevolucionaria. La fraternidad y la solidaridad no se expresaba con palabras, era un hecho de la vida cotidiana, era parte intrínseca de todos nosotros, las palabras compañero y compañera no eran mero discurso ni moda, representaban una relación superior, una intensa comunidad de intenciones, emociones y sentimientos, una ética y una moral contrarias a la del sistema imperante.

El movimiento popular, los trabajadores, pobladores, campesinos, estudiantes, mujeres y hombres, niños y viejos, constituían un solo y gran continente y cada golpe que se nos asestaba era una pérdida individual y colectiva. Cada caída, cada compañero y compañera en manos del enemigo era lo mismo que perder un pedazo de ese continente. Nuestro continente estaba siendo desmembrado.

Luego de 17 años de dictadura consiguieron quebrar esa columna vertebral de sentimientos colectivos que contenía el movimiento popular, fue un quiebre antropológico, un quiebre de la esencia de la humanidad de un cuerpo social. Ahí se encuentra el fondo de nuestra derrota, de la izquierda revolucionaria y de toda la izquierda, pero sobre todo del pueblo organizado y en lucha.

Es probable que en el mar de fondo de la historia se encuentren los retazos de esa cultura colectiva que nos permitió creer en utopía. Quizás aún existe, latente, fantasma y malherida, pero insurgente y viva al menor descuido de las clases dominantes. Volvimos a verla en las calles durante el

llamado estallido social, cuando sectores populares desorganizados, en cierto modo espontáneamente y sin tener plena conciencia de la necesaria organización colectiva para llevar adelante las luchas por sus intereses, desencadenaron manifestaciones rebeldes que, quizás sin ellos saberlo, provocaron espanto en las clases dominantes que una vez más corrieron a reprimirlas, temerosas de ver sus intereses conculcados.

Conocí a Pedro algunos años antes, cuando varios militantes de la Brigada Secundaria del MIR fuimos enviados a engrosar las filas de las organizaciones territoriales conocidas como GPM, Grupo Político Militar. En mi caso, arribé a la zona norponiente de Santiago -Conchalí, Renca, Quilicura, Colina- y quien acudió al primer contacto que me habían entregado fue precisamente Pedro.

El encuentro fue en una terminal de micros que llegaba casi al final de Renca. Me recibió acogedora y seriamente, caminamos en dirección a la casa donde tendríamos nuestra primera reunión, la casa de la familia del compañero Feliciano, Guillermo Cornejo Campos.

Compartimos con Pedro y muchos otros a lo largo de un par de años ardientes y agitados durante el gobierno de Salvador Allende y la Unidad Popular.

Éramos miembros de la jefatura del GPM 8, que durante ese período encabezaba nuestro compañero Matías, Álvaro Vallejos Villagrán. Entre otras compañeras, también militó en esa instancia Úrsula, Diana Arón Svigilisky. Mi tarea era dirigir los trabajos políticos de Conchalí, Quilicura y Colina, pero más intensamente el trabajo en diversas industrias de Conchalí, en las que teníamos importantes desarrollos de trabajo político sindical.

Pedro siempre se destacó como un compañero lúcido y acertivo, con gran capacidad para realizar análisis del acontecer político y social, y proponer tareas concretas que apuntaran a mejorar la relación entre nuestra organización y el movimiento popular, en especial, la relación entre el MIR y los sectores más conscientes de la clase obrera. De hecho, tenía a su cargo unidades de trabajadores con los que sistemáticamente realizaba reuniones de educación política e ideológica, pero sin descuidar la planificación de tareas y planes al interior de las fábricas.

En diversas ocasiones lo acompañé en reuniones con trabajadores donde su tarea era llevar adelante la formación política. Recuerdo en particular reuniones que se hacían luego del turno de la tarde, en la noche, cuando seguramente los trabajadores hubiesen preferido descansar, dormir y estar con los suyos; sin embargo, las sesiones resultaban amenas, interesantes,

instructivas. Pedro desplegaba una gran capacidad didáctica y su participación resultaba atractiva y pedagógica. Todos aprendíamos de él.

Recuerdo su elocuencia y claridad al momento de intercambiar opiniones en nuestro lugar de militancia. En poco tiempo luego de habernos constituido como dirección del GPM, Pedro fue una pieza fundamental de ese colectivo. De alguna manera, la lógica de sus análisis y la aparente sencillez de su discurso conseguían capturar nuestra atención y adherencia.

Nuestra relación fue, naturalmente y dado el contexto de la época, de trabajo y participación en diversas instancias colectivas en las que se desarrollaba el trabajo partidario. Su presencia en cualquiera de ellas significaba un aporte, generalmente una mirada original, novedosa y, siempre desde la perspectiva de los sectores populares, desde la realidad de los trabajadores.

Lo notable de Pedro es que se expresaba con plena sencillez y mucha profundidad, siempre dejaba pensando y preguntándose a todos quienes lo escuchábamos con atención.

Tal vez un hecho que cabe resaltar para ilustrar algunas de las características de su personalidad es cuando Matías, el encargado de nuestro GPM, fue cooptado para realizar tareas regionales y por tanto hubo que elegir a un nuevo jefe. Al momento de determinar quién debía ser, el conjunto de la dirección optó por Pedro, aduciendo diversas razones, una de las cuales, quizás la más importante para todos nosotros, fue considerar que Pedro debía participar activamente en las instancias superiores en la promoción de ciertas políticas relacionadas con el impulso y fortalecimiento del trabajo partidario en los sectores más conscientes y organizados de la clase obrera.

Sin embargo no estuvo de acuerdo con la designación y se opuso con diversos argumentos y razones, sobre todo porque no quería abandonar su contacto directo con los trabajadores y el trabajo de masas.

Hasta donde recuerdo, todos pensábamos que Pedro debía aceptar el desafío, aunque muy probablemente el curso de los hechos históricos que vivíamos ya no sería diferente del que fue.

La modestia, la humildad, la pasión por mantener vínculos directos con los condenados de la tierra y su destino, la lealtad hacia ellos, queda claramente consignada en esa actitud de nuestro compañero.

Como de alguna manera sabíamos que ocurriría, del intenso período de ascenso de las luchas populares y de agudización de la lucha de clases en el país transitamos brusca y violentamente a un período

contrarrevolucionario. El golpe civil y militar cayó sobre el conjunto del pueblo y sus organizaciones de manera sangrienta y brutal.

El día mismo del golpe y en los días subsiguientes, tanto Pedro como toda la dirección del GPM, permanecemos acuartelados en diversas casas de compañeros en Renca y cuando la dirección partidaria determinó replegarse y asumir la clandestinidad como una de las medidas para sortear la represión que se nos venía encima con todo, dejamos de vernos y cada cual asumió las tareas que le correspondían en lugares diversos.

El GPM, como medida precautoria y de seguridad, se subdividió y quedé a cargo del sector que comprendía Conchalí y otros sectores de la zona norponiente. A partir de ese momento no volví a ver a Pedro ni a los compañeros del antiguo GPM-8

Hubo dos compañeros del Regional Santiago con quienes debí contactarme en diversos períodos, el primero fue Hernán Aguiló, con el cual después de algunas semanas de establecer diversas citas perdí contacto porque no concurrí a un punto y tampoco al de rescate, por lo que quedé descolgado. Hernán iba a los puntos que fijábamos en un auto, él conducía y en la parte posterior iba una compañera y varios bultos que seguramente ocultaban fierros. Conversábamos mientras recorría diversos puntos del sector por donde me había recogido.

Quedé descolgado de mi contacto hacia la instancia superior, que era el Regional Santiago. No así respecto del GPM que dirigía.

Corría el mes de octubre de 1974. Cae nuestro Secretario General, Miguel Enríquez.

Concurro a un punto de contacto con un militante del GPM. No asiste. Voy caminando por una avenida del barrio alto (Los Leones) llegando a Diego de Almagro, preocupado por la no llegada del compañero, cuando de pronto escucho a cierta distancia, a mis espaldas, una voz perentoria llamándome:

—¡Juan! ¡Juan!

Era el nombre político que había escogido durante mi permanencia en la jefatura del G-8, y quien me llamaba con insistencia era la compañera Úrsula, Diana Arón, con quien habíamos compartido militancia en esa instancia.

Ella de inmediato me contó que yo había pasado caminando frente a una casa donde ella y el Secretario Regional de Santiago, Dagoberto Pérez,

estaban circunstancialmente y me habían visto, además sabían que estaba desconectado.

Comentamos la caída de Miguel y su reemplazo, más la caída de varios otros compañeros y compañeras. Compartimos minutos de angustia, dolor y tristeza, también de fraternidad. Finalmente me dio un contacto para retomar mi relación con las instancias superiores.

Cuando concurrí a la cita fijada por Diana, me sorprendí gratamente, mi nuevo contacto era Pedro.

De ahí en adelante, durante todo ese tiempo Pedro fue mi contacto con el Regional Santiago y con las instancias superiores.

A esas alturas, la represión conseguía darnos duros golpes; de hecho, la caída de Miguel había constituido un hito que comprometía la sobrevivencia de nuestra organización, al menos en el interior del país.

Con Pedro nos reuníamos semanalmente, pero sospechábamos que el tiempo corría en contra nuestra. En cada cita caminábamos largamente y conversábamos. Por lo general lo hacíamos en una zona de Santiago que nos parecía menos expuesta, el sector antiguo que va de Avenida Matta hacia el sur, hasta Franklin. Casco viejo de la ciudad, en ese tiempo de calles poco concurridas, con casas viejas y talleres, pequeñas industrias, garajes, almacenes, etc.

En cualquier caso, mi situación era particularmente peligrosa, tenía antecedentes de que me buscaban por descripción física, aunque aún no por mi nombre verdadero, y yo era -y soy- una persona muy fácil de reconocer porque tuve poliomielitis a los 3 años de edad. Hubo una epidemia de la enfermedad y en aquellos años, 1954, no existía vacuna. Quedé con una secuela que dejó mi pierna izquierda más corta y débil, por lo cual debía usar una órtesis, un aparato metálico para mantener la pierna rígida y poder caminar, a la vez que un bastón de tipo canadiense, de duro aluminio.

Obviamente, durante toda mi militancia había tenido especial cuidado en respetar las normas de seguridad, poquíssimas personas sabían mi nombre verdadero y evitaba participar en encuentros sociales donde iban otros compañeros y compañeras, como fiestas, cumpleaños, etc., de manera de prevenir hechos que pudieran afectar las condiciones de seguridad en otras circunstancias.

Hasta ese momento, tanto mi compañera como yo habíamos logrado sortear la represión, pero sabíamos que el cerco se estrechaba.

Fue Pedro, en nuestro penúltimo contacto, en las últimas semanas de noviembre de 1974, quien derechamente me dijo que pensaba que yo debía salir del país.

Mi opinión era que no sólo yo debía salir, sino que también un número importante de los compañeros que aún permanecían activos en Chile. Nuestro partido, su dirección, había emitido una declaración en los primeros días del golpe señalando que el MIR no se asilaba y que el militante que así lo hiciese sería considerado un traidor.

Por decir lo menos, las condiciones en diciembre de 1974 ya no eran las mismas que durante los primeros días luego del 11 de septiembre de 1973. De alguna manera, la dictadura civil y militar tendía a estabilizarse, el movimiento social había sido desbaratado, nuestro partido estaba seriamente diezmado y una parte importante de él en muy precarias condiciones para desarrollar actividades de resistencia.

Pedro me pidió que escribiera una carta solicitando autorización para salir. Así lo hice. Aduje mis condiciones particulares, pero antes consulté si sería posible conseguir un vehículo que me permitiera continuar mis tareas evitando mi exposición y la exposición de otros.

En nuestro último encuentro, Pedro portaba la respuesta escrita del Secretario Regional, en la que se indicaba que no me autorizaba salir y que todos, gordos, pelados, cojos, flacos, tuertos, etc., debíamos permanecer en el país.

Caminamos unas cuadras, leímos en voz alta la respuesta. Pedro expresó su discrepancia, yo hice otro tanto.

Nos detuvimos, habíamos llegado a una esquina que, de alguna manera, simbolizaba la encrucijada del destino, recuerdo que había árboles en torno, era una mañana tibia, relativamente temprano porque no había movimiento en las calles.

Pedro me miró con fijeza, aprestándose a decirme algo importante:

—Yo te autorizo a salir del país. Debes irte.

Guardé silencio. Devolví la mirada. Ambos estábamos emocionados.

—¿Y tú? ¡Tienes que salir tú también! —dije.

—No, alguien tiene que quedarse...

—Pero... —intenté refutar.

—Y alguien tiene que sobrevivir —fue lo último que dijo Pedro antes de bajar la mirada y luego despedirnos con un abrazo.

No había nada más que decir. Las palabras ya no tenían sentido. Pedro no se iría.

Ese punto de contacto fue durante los últimos días de noviembre de 1974.

Junto a mi compañera y mi hija de meses, salimos de Chile el día 11 de diciembre de 1974. Pedro caería al día siguiente, 12 de diciembre. Mi enlace con el GPM a mi cargo había caído entre el 8 y el 9 de ese mismo mes.

¿Cómo salimos del país y qué pasó con nosotros a partir de entonces?

Esa es otra historia.

En algún momento del destierro, junto a Mateo, visitamos a quien fuera la compañera de Pedro y a su hijo en París. A raíz de ese encuentro escribí, en 1978, el siguiente poema, en su homenaje:

HIJO DE VICTORIA

*A la memoria de Osvaldo Anselmo Radrigán Plaza,
militante del MIR,
detenido hecho desaparecer por la dictadura cívil militar
el 12 de diciembre de 1974 en Santiago, Chile.*

Camarada.

*Pensaba que te habían acabado,
que definitivamente no estabas,
que te habían deshecho estratégicamente.*

Camarada.

*Fue una tarde en París,
en el tiempo del destierro.
Tu compañera nos esperaba en la estación,
nosotros saltamos del tren.*

Entonces lo vimos.

*Corría,
sabía ya imaginarse los pájaros del sur,
hablaba de extremadura,
de lo verde,
del fuego de esa tierra.*

Camarada.

*Exactamente no eras tú,
te proyectabas desde sus ojos,
te independizabas desde su mirada,
venías a saludarnos,
a tendernos tu mano.*

*Después
regresabas al fondo de su sonrisa,
ahí
te costaba permanecer quieto,
nos llamabas,
nos confundías.*

*Tarde, nos despedimos en un túnel del metro.
Tu hijo nos miraba
y tras sus ojos maravillosos
eras tú quien describía la esperanza.*

*Camarada
has retornado.*

Camarada.

Santiago, Chile, marzo de 2025.

Juan.